

Pablo Andrés Escapa

Por si no lo saben, el vaivén de una mecedora invita a cerrar los ojos pero aviva la conciencia. Y hoy, meciéndome sobre el mismo balancín que hace muchos años fuera de mi abuela, a mí me alcanzó la memoria de unos días de la infancia. Era Navidad y sobre el mundo que yo veía entonces desde la ventana pasaba un cometa. Van y vienen mis pies encima del columpio de madera y es como si fueran y viniesen por el tiempo sin moverse de su asiento. Y en ese balanceo que parece adormecerlo todo, florece una lumbre suspendida de lo alto que inquieta los corazones.

Así lo recuerdo yo, como un ir y venir de todas las voluntades trastornadas bajo el fulgor amarillo del cometa. Metida en la cama, mal despierta todavía, oía maullar a las gallinas y rebuznar a los gatos, o eso me parecía a mí, buenamente dispuesta a la extrañeza que se predicaba al paso de la estrella. Desde que aquella bola de fuego gravitaba sobre nosotros, todo eran revoluciones y marasmos, inquietudes y sorpresas. ¿Pero cómo era posible que tanto desarreglo dependiera de una remota lucecita? Antes de dormir, miraba yo el curso del astro desde la ventana, cada noche un poco más a la izquierda del cristal en su camino indiscifrable, y recordaba, llena de premoniciones, las palabras que mi abuela me había dicho al atardecer. Hacía muchos años, siendo ella una niña, había visto una estrella como la que yo estaba mirando. Y, mientras se sostuvo en el cielo -aseguraba-, no había dejado títere con cabeza. «¡Ay, madrita, madrita!», suspiraba ella santiguándose ante la enormidad del recuerdo.

Yo, alentada por los pasmos de mi abuela, soñaba con trastornos que suspendieran la existencia. En uno de ellos, el reguerito que cruzaba el pueblo, con sus piedras menudas y sus hilos de algas verdes, con sus arenas de oro y sus peces transparentes cambiaba de rumbo para correr monte arriba hasta perderse en las alturas. ¿Y por qué no -me entusiaslaban aquellos caudales contrariados a seguir cielo adelante, al encuentro del lucero que confundía su camino? Después, reunidos el fuego y el agua en el cuenco redondo de la estrella, antes de que se perdiera por el horizonte para siempre, debían derramarse en una lluvia hecha de ascuas. Yo me imaginaba recogiendo aquellas lágrimas del cielo, como pepitas incandescentes, por un camino y guardándolas en una cajita, en lo más hondo de un armario. Ya ven qué fantasías. Y cuando estuviera sola y aburrída, marearía las lágrimas en el fondo de aquel joyero, que por dentro parecería un palacio oriental lleno de luces, y las revueltas del agua radiante, con sus figuras y su música sor-

Louis Morin, *L'enfant prodigue*. Paris: Delagrave, 1898 [RB INF /3144]

prendida, me consolarían de congojas. Porque yo era entonces una niña, como todas las niñas que han soñado, llena de ratos de purísima tristeza.

Ahora, después de tantos años, es fácil comprender que acaso viera signos donde no los había, tal era mi deseo de quimeras. Algo que no aparecía y algo que se encontraba por azar, el mal sueño de una noche, un reloj que se paraba podían ser manifestaciones del cometa, tan poco bastaba para conformarme. Pero hubo una extrañeza que acabó por ser unánime en la denuncia de los trastornos que precipitaba la estrella: hacía calor; un calor anormal para diciembre. Todos lo reconocían señalando al cielo. A mí, a pesar de la bonanza, me mandaban abrigada a la calle cada vez que salía, aunque no fuese más que a buscar el pan hasta la esquina. Miren ahora de qué se acuerda una vieja: a los pocos pasos por la acera me quitaba la bufanda y la dejaba desbordándose por algún bolsillo. Entonces iba a la pata coja hasta la panadería, saltando entre urgencias y aprensiones por llegar, porque me prometía que si la bufanda, con aquellos brincos, no se descolgaba hasta el suelo, ganaría un premio, el de comerme el currusco de pan por el camino.

A la vuelta de una de aquellas rondas agitadas a la esquina, con el pan en la boca, me encontré al padrino en casa. Otra rareza. Se dejaba ver solo de vez en cuando porque viajaba mucho. Mi madre, cuando hablaba de él, bajaba la voz y adoptaba un tono severo. No sé qué uniones de recelos, horas, sitios y disgustos teñían aquellas confianzas de las que me llegaban palabras como «tugurio», como «fulana», desalientos como «no tiene remedio». El padrino me hizo las fiestas de siempre, levantándose en vilo y amagando con echarme a volar por una ventana que mandaba abrir a mi padre.

-Que sé yo que vuela, ¡que esta niña vuelaaaaa! -gritaba haciéndome girar.

Yo negaba feliz, entre chillidos y risas nerviosas. El entusiasmo que ponía el padrino para mecirme en el aire le faltaba a mi padre

AVISOS

NOTICIAS DE LA REAL BIBLIOTECA, AÑO XXVII, NÚM. 95 (SEPTIEMBRE - DICIEMBRE, 2021)

NIPO: 093-20-007-5 · DEPÓSITO LEGAL:M-1496-1996

para abrir la ventana, y todo se quedaba en aquella ceremonia un poco estridente para lo que se usaba en mi casa.

-¿Y qué pide mi ahijada a los Reyes, vamos a ver? -indagaba en alta voz, en presencia de todos y devolviéndome al suelo aquel hombre altísimo. Yo lo veía como un gigante plantado sobre unos zapatos tremendos que parecían llegar antes que él a todas partes. Luego, todo lo llenaba su perfume y la presencia solemne del traje oscuro con el pico del pañuelo blanco asomando junto a la solapa.

Yo esperaba la pregunta, la deseaba, porque ya sabía que las confidencias que le hacía al padrino acababan, tarde o temprano, resolviéndose a mi favor. La certeza de que él podía cambiarlo todo o influir en el curso de las cosas, la tenía muy probada. Y el hábito de aquella inquisición anual que envolvía a los tres magos de Oriente, me afirmaba en la confianza de que el hombre que me levantaba para hacerme volar tenía alguna familiaridad con aquellos príncipes lejanos y que, con su simpatía y su solvencia, algo podía él mediar en la embajada de pedir para que se me diera. No sabía explicar cómo se producía aquel comercio secreto, renovado cada invierno, pero estaba segura de que él se las arreglaba para resolverlo con naturalidad. Y siempre era así: lo que yo le confiaba al padrino cada año, aparecía envuelto junto a la chimenea de casa la mañana de Reyes. Pero aquella vez, cómo olvidarlo, hubo una reserva nueva.

-No sé yo si los Reyes podrán venir este año -previno inesperadamente la voz de quien nunca había dudado.

Y entonces fue mi madre la que demostró una fe sin fisuras en su venida, y se dirigió al padrino como si fuera un simple que temiera lo que no se podía temer. Mi padre callaba pero se le veía divertido con aquellos coloquios sembrados de duda y esperanza.

-Yo solo digo una cosa -advirtió el padrino, como quien no acaba de ceder del todo en sus premoniciones-: si no nieva, los Reyes no vienen.

A lo mejor solo eran ganas de enredar. Pero yo me vi, lo recuerdo bien, desamparada ante aquella fatalidad que no entendía.

-Pero, ¿por qué?

El padrino descendió a mi altura para responder poniéndome sus manos en los hombros. Bajo su figura en cuclillas sobresalían las puntas inmensas de los zapatos, dos barcas negras sobre el claro mar de las baldosas.

-Pues porque los camellos necesitan la nieve para dejar huellas y no perderse en el camino de regreso.

La explicación del padrino, que pedía un mundo nevado para transitar, me pareció de lo más lógico. Y no reparé en que los tres señores de Arabia hubieran logrado llegar otros años y volver sin extravíos en ausencia de los copos que dejan los caminos blancos para escribir en ellos los rumbos más secretos.

Desde que oí dudar al padrino de las industrias mágicas de los tres Reyes de Oriente para ir y venir seguros por el mundo, entré en melancolías que procuré distraer paseando por el pueblo. Aquel ejercicio, que me llevaba a aventurarme por sendas que dejaban atrás el caserío, agrandaba mis soledades infantiles. Todo me parecía ruinoso y lleno de abandono: faltaban las ovejas en el campo, que estaba seco y nada ofrecía que pastar; apenas corrían los regatos, exhaustos tras un otoño que tampoco había querido henchirse con las lluvias; la campana de la iglesia, oída en la distancia, me parecía moribunda en el paisaje empobrecido; veía el pueblo al atardecer, saliendo de un camino, y no había una sola luz en las ventanas para recibir mis pasos. Por si aquellas agonías no bastaran, mi mejor amiga, Milita, estaba enferma y sujeta a la cama. En casa, con mi hermano pequeño dando la murga, mi madre afanada en mil labores, mi abuela dormitando y mi padre quejoso de los que gobernaban el país, me sentía sola en las preocupaciones; sola -presentía confusamente- bajo el peso de una estrella que enviaba adversidades remotas contra mi ilusión.

-¿Qué le pasa a esta niña, que no come? -preguntaba mi abuela.

-Anda aburrida, la pobre -respondía mi madre.

-Eso es bueno. Hay que aprender a aburrirse -solventaba mi padre con tan extraña pedagogía la congoja que a mí me dominaba.

Pasó la Nochebuena, pasó el día de Navidad, llegaba la víspera de Reyes y no nevaba. Aquel imperio del sol ni siquiera lo paliaban las heladas. Yo seguía deambulando por las calles, yendo y viniendo sin rumbo, parándome ante la casa de Milita. Alguna vez, como si nos comunicáramos en secreto, se asomaba ella a la ventana cuando llegaba yo. Llevaba un pañuelo anudado en la garganta que la hacía parecer deforme, como si le faltara el cuello. Con sus trenzas negras me hacía unos molinetes a modo de saludo. Yo respondía con la mano y seguía caminando. De vuelta en casa prolongaba las peregrinaciones pasillo adelante. Alguna vez hice tropezar a mi madre, cargada con alguna cosa entre las manos. Luego era mi hermano el que se daba de bruces contra mí acarreado dos cajas de pinturas y un cuaderno.

-¿Cuándo llegan los Reyes? -me preguntó-. Voy a dibujarles el nacimiento.

-No van a venir -le respondí llena de contrariedad.

¡Ay, aquella pena exaltada, aquella sentencia injusta dicha casi con las lágrimas brotando! Aun recuerdo la angustia horrible que me invadió por haber negado. Mi hermano, nunca lo vi tan desvalido, se quedó inmóvil ante la puerta de la habitación que yo cerré con un golpazo. Me eché a llorar sobre la cama, no sé si por tanta inocencia como acababa de ofender o por un desengaño propio que me apartaba de certezas que siempre me habían consolado. Y temí, por primera vez en mi vida, que mi duda fuese cierta.

Solo mi abuela reparó en las murnias con las que yo iba y venía por toda la casa aquella víspera de Reyes. Solía sentarse a dormir en el salón, en una mecedora colocada junto a la mesa donde habíamos puesto el nacimiento. La misma mecedora que ahora me sostiene a mí para llevarme de nuevo junto a ella, aquella tarde.

-Niña -me llamó una de las veces que pasé a su lado creyéndola dormida-, esa oveja.

Con el bastón señalaba a una figurita caída en uno de los fértiles campos de Belén. En aquel redil, que tenía el suelo hecho de musgo, el desorden alcanzaba a más piezas del rebaño. Mi abuela había reparado solo en una de las ovejas, pero el pastor que debía vigilarlas andaba también caído por los suelos. Y el perro estaba de hocicos y pataleando al aire, medio enterrado en las blanduras de la tierra. Repuse a los caídos, rescaté al que se hundía en el terreno y junté un poco a los corderos. Luego, extendí los ojos sobre aquella función de ángeles, pastores y animales, todos concertados en un hechizo silencioso que, de extremo a extremo de la mesa, debía llevarlos de una vida pobre y acaso fatigada al consuelo de una contemplación que iba a llenarlos de luz. Al menos eso predicaba año tras año don Aurelio. Se lo había vuelto a oír la otra noche, en la misa del gallo: el milagro de que un niño en un pesebre, una novedad tan modesta, se bastara para alumbrar las voluntades de cuantos se acercaban a él.

-Martina, ¿qué te pasa? -me sorprendió mi abuela.

No recuerdo qué respondí. ¿Que estaba aburrida?, ¿que no nevaba?, ¿que había amargado la esperanza de mi hermano? Cualquiera de aquellas apremiantes desazones pudo ser. Lo que no olvidaré fueron las palabras de mi abuela, que entonces me parecieron desentendidas de la gravedad de mis tristezas:

-A este nacimiento le falta la estrella.

Era cierto: faltaba la luz, la luz que lo alterara todo, como la antorcha del ángel rasgando la noche para que un inocente soñara milagros bajo la helada. Y la luz que reclamaba mi abuela, la que acaso se mecía en su memoria cuando contemplaba el Belén desde su asiento, había de ser un fulgor pálido y candente, al modo del cometa que confundía al mundo con su ojo abierto por encima de las casas, la misma luz que ya lo confundiera cuando ella era una niña, pero capaz, entonces y ahora, de ilustrar el misterio de las esperanzas frágiles, los ánimos de un pueblo entero echado a los caminos, los pasos comunes de herreros y lavanderas, de pastores y cardadoras de lana, de sastres y de zapateros, de tintoreros y de aguadoras, de jugadores de naipes y de reyes venidos de muy lejos, todos admirados de poderse consolar con el llanto de un niño sobre el que ardía un lucero.

Me pasé la tarde componiendo una estrella. Y, mientras lo hice, me olvidé de todo lo demás. Dibujé, recorté, pegué. Mi abuela volvía a dormir pero corrí a despertarla para que viera aquella luminaria cuando la tuve colgada de una ramita de sauce que fui a buscar a la ribera. Apagué la luz antes de remover aquel cuerpecito vestido de sayas que era mi abuela. Ahora pienso que hubo de salir de un sueño para entrar en otro. Cuando abrió los ojos, la luz de una farola que se colaba por la galería, iba a renovarse en aquella hechura liviana inclinada sobre el portal que yo acababa de colgar. Y era como si la estrella de cartón ardiese y vacilase, resuelta en la luz de la farola.

-¡Madrita, madrita! -murmuró mi abuela. Y entonces, con un gesto tembloroso, señaló con el bastón a la ventana.

Anochece y el cometa conquistaba otra pulgada del cristal. Me pareció más brillante que las noches previas, más cegador que nunca. Por primera vez sentí ganas de bajar a la calle, de someterme al temblor de las estrellas recién estrenadas. Me puse la bufanda sin que me lo mandasen y me eché a andar por las callejas del pueblo. Como si la luz que yo había puesto en el Belén alumbrara por primera vez el mundo, contemplé las ventanas encendidas. La más luminosa era la de mi casa, con aquella galería donde, ahora lo advertía con sorpresa, se multiplicaba el cometa en los cristales. Seguí andando y contando luces, que todas las ventanas parecían encenderse en mi camino. Cuando estuve frente a la casa de Milita noté empañados los cristales. Un frío nuevo y deseado me invadía mientras mi amiga limpiaba con la manga del jersey el ventanal y pegaba la nariz a aquel círculo recién abierto que se asomaba a la noche incendiada. No llevaba el pañuelo anudado al cuello. Con gestos enérgicos me pedía que me acercase al portal. Oí sus pisotones alocados en la escalera, la voz de su madre persiguiéndola para que se abrochara el abrigo y bajara más despacio. Nos abrazamos en la acera, chillando de felicidad. Recorrimos las calles de la mano. Todo parecía nuevo, recién alzado para nuestra admiración. Vimos humo en las chimeneas escalando lentamente el cielo. La luz del cometa nos guiaba y, de pronto, crujía la tierra, como si la hubiese inundado la helada para dejar memoria de nuestros pasos en el aire. *Cric, crac, cric, crac.* Llegamos agitando la noche con aquel concierto de los pies hasta el límite de las casas. Y allí nos detuvimos. Volvió el silencio al mundo. De lo oscuro, al cabo de un poco, llegaron balidos dulces que nos llenaban los oídos, lentos como olas fallecientes. «¿Y si fuera un camello?», le dije a mi amiga. Milita me miró sin comprender. Señalé el cometa que temblaba sobre nuestras cabezas. «Estás loca», dijo, y echamos a correr, felices de ir juntas bajo la confusión de las estrellas. Yo regresé sofocada, con la bufanda agobiándome el cuello y las manos flogosas fuera de los guantes.

Después de la cena todo pareció entrar en una gran calma. Junto al nacimiento, con el pijama puesto, me entretuve en mirar las tres figuras a la grupa de los camellos, aún lejanas del portal. Salían del desierto de serrín y la estrella de purpurina que había colgado por la tarde mostraba con sus brillos la senda que aquellos príncipes tenían aún que recorrer: la curva del camino hecho de arena, el respiro junto a la lumbrera de celofán de los pastores, el bosquecillo de ramitas de mirto con sus frutos encendidos de rojo, el puente de corcho sobre la plata remansada del río... Pero, ¿y el regreso?, temía yo por viajeros tan aventurados. Con la mano, adelanté un poco a los tres reinantes de Arabia, por acortar camino. Y, de pronto, viendo aquellos rumbos impacientes por cumplirse, corrí a la despensa y regresé abrazándome a una lata. Después, todo fue oficio de las manos, que se abrieron para dejar una nevada de harina sobre los tejados. Hacedora soberana de aquella minúscula creación, consentí que nevara tibiamente en majadas y caminos, entre huertos y callejas, sobre las palmeras, sobre los rebaños y las alas de los ángeles. Y por fin quedaron las cunetas de Belén fáciles de hollar con la siembra cándida que yo había esparcido para ir y venir sin miedo de perderse. A mi espalda sonaba el balanceo de la mecedora como un tiempo detenido.

-Abuela, ¿a qué hora llegan los Reyes? -pregunté volviendo la cabeza. Levantó ella los ojos y se quedó pensativa.

-Qué sé yo. Llegarán tarde, lo menos a las doce.

Luego nos quedamos calladas, mirando la última mudanza de aquel caserío de barro y de cartón. Bajo la estrella blanqueaban los tejados de punta a punta de la mesa.

Me fui a acostar. En el beso de mis padres noté un ánimo distinto al de otras noches. Permanecieron juntos, viéndome ir.

-A ver mañana... -suspendió mi madre la esperanza.

Antes de apagar la luz, miré el cometa, a punto de perderse por un borde de la ventana. Aquella, había oído decir, era su última noche entre nosotros; la última noche de su gran viaje por el cristal. Ahora que se alejaba me parecía un fuego venturoso, una invitación a pronunciar deseos en voz baja, como quien despide a un amigo en la distancia con palabras que no escuchará pero que a nosotros nos consuelan. Me metí en la cama. No lograba dormir, atenta a todos los ruidos que pudieran llegar dentro y fuera de la casa. Pero, poco a poco, vuelta tras vuelta entre las sábanas, me fue ganando el sueño.

No sé el tiempo que pasó. Sé que dejé de soñar para oír tres golpes, rotundos y espaciados, en la puerta de casa. Me latió el corazón como nunca lo había sentido, como solo puede latir en presencia de un gran príncipe de las lejanías llegado en medio de la noche al amparo de una estrella. Unos pasos apresurados avanzaban por el pasillo. Oí la llave, que giraba en la cerradura con una laboriosidad que también me parecía nueva: una vuelta, dos vueltas, tres vueltas. Y entonces, temblando de emoción, me llegó la voz de mi madre, aquella inexplicable impaciencia de la voz de mi madre clamando en medio de la noche: «¿pero es que estas son horas de venir?». Me asusté. Me asusté muchísimo. Y me avergoncé de aquel tono de reproche dirigido a una majestad como la que había de estar detenida en el umbral. Temerosa de seguir oyendo afrentas me escondí bajo las sábanas. Y aunque estaba oscuro, cerré con fuerza los ojos. ¡Cómo olvidar aquellas lágrimas ardientes! Igual que a media tarde, yo lloraba de humillación por un rey maltratado. Y hubo de ser así de incalculable la noche de Reyes bajo el gobierno del cometa: solo con las mejillas arrasadas por el llanto -quién se lo iba a figurar- logré por fin dormirme.

¿Cuánto duró aquel sueño tan tristemente conquistado? No sé a qué hora desperté pero aun me envolvía la oscuridad. Estaba sudorosa y tardé un poco en comprender que seguía bajo las mantas. Saqué la cabeza y el pelo revuelto me cubrió los ojos, pero vi que por un resquicio de la ventana ya entraba la luz del día. No se oía nada. Mi hermano no estaba en su cama. Como en un atraganto me vino el recuerdo terrible de la noche, las palabras hirientes de mi madre regresando para confundirlo todo.

Separé despacio la contraventana, vacilante todavía por aquel dolor renovado en la memoria. Primero dudé -lo recuerdo bien-, después sentí que el vértigo me recorría hasta hacerme cerrar los ojos un momento. Y entonces todo se aclaró de golpe, cuando los volví a abrir, porque el milagro, con su necesidad, al fin había puesto orden en los desconciertos. La acera, la farola, los árboles, los tejados, una veleta en la casa de enfrente... Todo estaba cubierto por una capa de nieve immaculada. Era un polvo delicado, como el que yo había hecho caer la víspera en Belén. Allí, lo único que distraía el candor de la nevada era la forma de unas huellas, unas huellas que subían y bajaban por la escalera de casa para perderse luego tras la esquina. Y su sombra sobre la nieve era tan grande que hacía pensar en el viaje de un gigante cuyos pies desbordaban los peldaños.

-¡Martina, Martina! -gritaba mi hermano desde el salón-. ¡Han venido!



CON LOS MEJORES DESEOS DE LA REAL BIBLIOTECA PARA EL 2022

